

JIGO, UN MINCHITO FINANCIERO

Cuando Jigo se instaló en la calle de Las Flores, un murmullo de admiración la recorrió de arriba abajo. ¿Se podía ser más guapo?

Desde su impresionante altura, Jigo observó a sus nuevos vecinos. Aunque no se parecían nada a él, le gustaron al instante. "¡Qué maravilla!", pensó, "¡Antiguos edificios con solera! ¡Pequeñas tiendas adornadas con flores! ¡Menudo aroma!". Y sus paredes de cristal se estremecieron.

Todos, pero sobre todo Alicia y Emi, dos tiendas íntimas amigas, lo miraron con admiración. ¡Menuda planta! Emi, que era la perfumería más coqueta de la calle, se apresuró a colocar en su escaparate sus mejores colonias. Pero Alicia, que era muy vergonzosa, no cambió ni un ápice su aspecto. Los objetos de decoración, vestidos, perfumes, lámparas..., todas sus cosas permanecieron mezcladas de esa manera tan particular en que ella las colocaba.

- ¡Qué guapa! -exclamó Jigo, nada más ver a Alicia-. ¡Y cuántas cosas bonitas!

Alicia lo miró sorprendida y los objetos de su escaparate cayeron unos sobre otros. Jigo rio y se ofreció a ayudarla a colocarlos de nuevo.

- ¿Puedo quedarme aquí un rato contigo? -se atrevió a preguntar sin poder dejar de mirarla.

Alicia se estremeció y todos sus objetos volvieron a tambalearse.

Emi, que los observaba, sonrió e intentó acudir en ayuda de su tímida amiga.

- Tendrías que saber, guapo, -dijo enseguida- que aquí donde la ves, mi amiga ha sido capaz de crear la mejor fragancia que yo he oido jamás. ¡Y mira que he oido!

Gratamente sorprendido, Jigo lanzó un silbido de admiración, miró a Alicia aún más extasiado y exclamó:

- Estoy deseando olerla.
- Ahora mismo Alicia te saca una Alicita-intervino Emi al tiempo que empujaba a su amiga.

Azorada, Alicia sacó del fondo de su tienda un pequeño frasquito y se lo dio a oler a Jigo.

- ¡Dios mío! ¡Qué fragancia más exquisita!... -exclamó. Y enseguida añadió:- ¡La viva imagen de su dueña!

Alicia, ruborizada, no supo qué decir. Pero Emi intervino enseguida.

- Pues, chico, si te gusta tanto, en lugar de tanto piropo, podrías comprarle algún frasquito para tus elegantes inquilinas-dijo, sin pestañear.
- Por supuesto-contestó Jigo, al momento.
- Pues, si esperas un poco-se apresuró a sugerir Emi-podrás llevarte a las Alicitas en unos perfumadores que estén a su altura. Yo tengo unas maravillas vintage con su cordón y su pera que le van al pelo. Ah y, además, le pediremos a Arsenio, que es el mejor diseñador de la calle que escriba “Mi Alicita” con maravillosas letras en cada uno de ellos.

Jigo rio y dijo:

- Por supuesto... Hoy es mi día libre y no tengo nada mejor que hacer que estar con vosotras-y, cayendo de repente en la cuenta, añadió- : Además, las Alicitas me vienen que ni pintadas. Mañana tendrá lugar en la planta noble una reunión muy importante de empresarios y banqueros con el Alcalde y entre ellos habrá varias mujeres. Quiero que me vean muy guapo y oliendo de maravilla. Colocaré Alicitas por todas las plantas y en la mesa de reuniones la del perfumador más bonito.
- ¡Pero qué bien! –exclamó Emi- ¡Qué suerte hemos tenido con este vecino planchón que nos ha salido!

El día siguiente amaneció soleado y Jigo estaba más atractivo que nunca. Todas sus plantas desprendían la fragancia de las Alicitas y en el centro de la mesa de reuniones de su planta noble reinaba una de ellas dentro de un perfumador vintage tan elegante y bonito que hizo que, nada más entrar en la reunión, las mujeres se fijaron en él y no pudieron evitar la tentación de perfumarse.

“¡Qué maravilla!”, “¡Cómo huele, por favor!”, “¡Bueno, bueno...!”, exclamaban mientras se pasaban la Alicita de unas a otras.

Y en este ambiente agradable marchaba la reunión cuando la empresaria principal, Doña Genoveva, después de echarse un poco de Alicita al cuello, planteó la cuestión principal.

- Señor Alcalde-dijo-. Ya sabe que nuestra intención es convertir la Calle de Las Flores en el Centro Financiero de la ciudad. Y hemos pensado que la pequeña tienda de regalos situada en el centro de

la calle será nuestro primer objetivo. Creemos que es el lugar idóneo para un segundo edificio de oficinas con los últimos adelantos domóticos.

El Alcalde esbozó una media sonrisa y contestó:

- Eso, Doña Genoveva, tendremos que estudiarlo detenidamente en el Ayuntamiento. Así que tendrá que esperar. El próximo día 1 nos volveremos a reunir y tendrá mi respuesta.

Jigo cayó inmediatamente en la cuenta de que la tienda de regalos a la que Doña Genovena se refería era Alicia y se estremeció. “¡Alicia...! ¡Sin duda se trataba de Alicia!”, se dijo. Pero, sobreponiéndose, logró que sus cristales no denotasen su angustia y al momento se puso a pensar en un plan para evitarlo. Pero, al cabo de un rato, como no se le ocurría nada, pensó en Emi.

- Emi-se dijo-Emi seguro que hallará la solución.

Y, sin más dilación, fue a su encuentro y lo contó precipitadamente, casi sin respirar, lo que había sucedido.

Emi sintió una punzada en el corazón, pero su fuerte carácter hizo que se sobrepusiese y empezase inmediatamente a tejer un plan.

- Las Alicitas y Las Flores, Jigo. Esa será la solución. Convertiremos nuestra calle de Las Flores en el Centro Turístico de la ciudad. Eso haremos-dijo.

Jigo, aún sin tenerlas todas consigo, logró sonreír.

- Y lo haremos sin que Alicia se entere. Yo me encargo-añadió.
- ¡Por supuesto! ¡Me moriría si se enterase! –aseguró Jigo.
- Lo primero que haré es pedirle a Don Ramón, nuestro banco de la calle, un buen crédito-dijo rápidamente Emi-. Con él adquiriré multitud de perfumadores vintages. Tú te encargarás de ir a contarles a todos los vecinos de la calle los planes de Doña Genoveva y les pedirás que vayan a ayudar a Alicia a fabricar gran cantidad de Alicitas. Necesitamos las más posibles. Ah, y que no le digan nada. Sólo le contarán que les ha vuelto locas a tus elegantes inquilinas y que tenemos muchos pedidos. Ah, y Arsenio hará los logos y los publicistas del final de la calle, Paolo y Andrea, empezarán esta misma tarde con la mayor campaña de publicidad que pueda tener hoy en día un perfume.

Jigo, más tranquilo, rio y se puso a ejecutar a toda prisa el encargo de Emi.

- ¡A sus órdenes! –exclamó.

Durante los días y semanas siguientes, los vecinos de la calle trabajaron intensamente en promocionar a las Alicitas y, con ello, convertir a la calle de Las Flores en el punto neurálgico del turismo de la ciudad. ¡Y vaya si lo lograron!

Antes de la trascendental reunión del día 1, la calle de Las Flores, repleta de rosas en sus esquinas, con carteles luminosos de Alicitas en las paredes y exhibiendo perfumadores vintages en los escaparates, ya estaba abarrotada de turistas.

Y, cuando llegó el día 1, aún no había amanecido cuando Jigo ya estaba perfumado y decorado con miles de Alicitas. Nervioso, con el alma en vilo, esperó a que la gran reunión comenzase.

Doña Genoveva fue la primera en llegar y respiró con satisfacción el aroma de las Alicitas que lo envolvían todo. Se sentó tranquilamente creyéndose ganadora y cuando llegó el alcalde sonrió.

- Buenos días, señor Alcalde-saludó. Y añadió en tono alto y claro, con la seguridad del vencedor-: Estoy convencida de que, teniendo como ejemplo este magnífico edificio en el que, además, se respira la mejor fragancia que hasta ahora he conocido, tendremos su aprobación a que otro igual se construya en el lugar de esa pequeña y antigua tienda de regalos.

El alcalde permaneció en silencio durante unos segundos. Luego sonrió y dijo:

- Tiene usted razón, Doña Genoveva. Este es el edificio en el que se respira la mejor fragancia del mundo y esa es la razón por la que voy a denegar la construcción de otro como él.

Atónita, Doña Genoveva se levantó al instante. Y fuera de sí, exclamó:

- ¿Qué pretende, señor Alcalde? ¿Reírse de mí?
- No, señora mía-contestó el Alcalde mientras sonreía tranquilamente-. Lo que yo pretendo. Es más, lo que yo no voy a consentir es que nadie destruya la tienda de regalos que usted quiere echar abajo. Esa tienda, señora mía, es la creadora del magnífico perfume que usted tanto alaba y la que ha convertido a la calle de Las Flores en el Centro Turístico de nuestra ciudad.

Doña Genoveva salió escopetada y nunca más volvió por allí. Y durante años y años, Alicia permaneció en el centro de la calle de Las Flores. Y Jigo siempre cerca, admirándola desde su altura espectacular.

